

MUNDO HISPANICO

FIGURAS E INSTITUCIONES DE LA SUPREMACIA BRASILEÑA DE 1852

I

FIGURAS

COIMBRA (1825)

En 1825 estudiaban derecho en Coimbra dos jóvenes brasileños desemejantes en nacimiento y carácter, que la historia volvería a reunir en 1851 cuando las horas difíciles para Brasil de la guerra contra Rosas. El mayor, de veinticuatro años, vástago de una ilustre familia de Minas Geraes, tomaba los estudios seriamente porque tenía firme la voluntad e indoblegable el orgullo; el otro, de dieciocho, era hijo de un oscuro médico del Marañón, y despreocupado y alegre prefería correr las estudiantinas de la vieja Universidad que atender las lecciones jurídicas de sus maestros portugueses. Aquél se llamaba Honorio Herineto Carneiro Leão: con el tiempo sería marqués de Paraná, jefe del partido conservador brasileño, y lograría, en 1852, para su patria los beneficios de la batalla de Caseros; éste, Paulino José Soares de Souza, llegaría a Canciller del Imperio y a vizconde de Uruguay, y en 1851 salvaría a Brasil y al emperador del peligro más serio corrido en su historia.

DIEGO ANTONIO FEIJÓ (1830)

La iniciación pública sería fácil al joven Honorio (1): vuelto a su patria ocuparía un cargo judicial a la espera del sillón en la Cámara de Diputados reservado al prestigio de su familia en Mi-

(1) Sea por la abundancia de apellidos, su poca variedad, o por prestigio de popularidad, los brasileños designan exclusivamente por sus nombres de pila a sus figuras políticas. No escapan a esta regla los mismos documentos oficiales. Esta no es rígida, pues en algunos casos (Rodríguez

nas Geraes. Al renovarse ésta en 1830, Honorio la integra con serena convicción de merecerlo.

Desde su banca asiste a las inquietudes de 1830; oye una extraña palabra griega —democracia— pronunciada con entusiasmo y sin convicción por aristócratas dueños de miles de esclavos; lee los artículos de Evaristo de Veiga en *Aurora Fluminense*, y se entera que el emperador liberal de los días de Ipiranga se ha entregado a una camarilla de marqueses que le susurran el absolutismo en el oído. Un día, el 7 de abril de 1831, ve a don Pedro alejarse de Brasil por la oposición de los nativos dejando a su hijo de cinco años confiado «al honor de la nación brasileña». Tras la abdicación vendría el torbellino: la regencia trina provisoria, la regencia trina definitiva, los *exaltados*, los *retrógrados*. ...Nadie parecía entenderse: en las provincias se hablaba de federalismo, y algunos localistas soñaban con la independencia de las regiones; en la capital los *exaltados* vivaban a la república.

Quedaba una esperanza: el padre Diego Antonio Feijó, Ministro de Justicia. Sacerdote de humilde origen, elevado por la fuerza de su carácter e incorruptible moralidad al primer plano de la política, desplegaba igual esfuerzo para salvar al liberalismo, de los *retrógrados* absolutistas y de los *exaltados* jacobinos. Los *moderados*, partidarios de Feijó, tenían mayoría en la Cámara de Diputados, mientras los *retrógrados* mantenían los cargos vitalicios del Senado y los *exaltados* eran dueños incontestables de las calles y los periódicos: los primeros defendían la Regencia, la constitución de 1824 y el liberalismo religioso e individualista; aquéllos veían en el regreso de Pedro I, pese a los errores de sus últimos años de reinado, la sola manera de salvar a la aristocracia y a la unidad; éstos hablaban de establecer la república —como la indicaban las leyes inmutables del «progreso» en política—, abolir la esclavitud y dar autonomía a las provincias.

Feijó era «moderado» solamente en el orden de las ideas: porque no había leyes, prejuicios, personalidades o reputaciones que vacilara en atropellar si lo creía conveniente. Era un dictador, tal vez la sola forma de gobernar en esos momentos, y no tenía escrúpulos para escoger los medios que consolidaran su domina-

Torres, Feijó, Limpo de Abreu) prevalece el apellido; en otros (Bernardo de Vasconcellos), indistintamente uno u otro. Ignoro la razón. En cada caso trato de atenerme a la costumbre.

ción. Tenía la conciencia honrada y los procederes deshonestos; como era mucha su voluntad y su energía, arrastraba a la Cámara a seguir sus pasos.

HONORIO HERMETO CARNEIRO LEÃO (1831)

El joven Honorio admiró en un principio al combativo sacerdote y tomó asiento en la Cámara entre los *moderados* de Feijó, junto a Antonio Limpo de Abreu —su pariente— que descollaba por su claro razonamiento jurídico, y a Bernardo Pereira de Vasconcellos, a quien la parálisis no impedía el fuego ni la causticidad: los tres eran de Minas Geraes y «moderados»; pero Limpo y Vasconcellos tenían fácil la oratoria, mientras Honorio tropezaba para encontrar las palabras precisas. Como la serenidad de su razonamiento le permitía conocer sus deficiencias aguardaba callado la oportunidad de subir a la tribuna. Pero se hacía oír en antecámaras, donde, y pese al entono de sus maneras y poca piedad de su trato, hizo conocer su justeza de dialéctica, su imperturbable serenidad para no dejarse arrastrar por el entusiasmo, y su presteza activísima que contrastaba con la indolencia general.

Empezó a ser el «Jefe» aun de pocos prosélitos. Señalaba un rumbo, y por nada y nadie lo torcía. Orgullosa y despreciativa con los demás, era consecuente con quienes lo seguían. Se fué separando de Feijó, en parte porque dos jefes tenían que rechazarse, y en parte porque acabó por descreer en su política «moderada»: la dictadura liberal resultaba peor que la otra, pues los «retrógrados» al menos construyeron con la fuerte realidad aristocrática, mientras del caos de los liberales solamente emergían, fuera del poderoso Dictador, una colección de palabras sin sentido de tiempo y lugar: democracia, libertad, igualdad, autonomía.

Ya era completo su alejamiento cuando Feijó trajo a la Cámara un proyecto revolucionario: la abolición del Senado. Fué esa la oportunidad de Honorio.

EL «GOLPE DE LA CABEZA FRÍA» (1832)

En 1832, la Cámara «moderada» había entrado en un conflicto sin solución con el Senado «retrógrado». Pero Feijó no era hombre de detenerse en artículos constitucionales, y con Bernardo de Vasconcellos —entonces Ministro de Hacienda— prepara un golpe parlamentario para hacer de su partido el dueño de la situación: suprimir el Senado y convertir a la Cámara en una Asamblea Nacional, única, con la totalidad de poderes legislativos y constituyentes.

Una reforma tan grave, que significaba una revolución política y social, no podía precederse de un debate: habría de ser un golpe rápido, terminante, sin la posibilidad de una reacción.

Uno a uno prepararon, Feijó y Vasconcellos, a los diputados: descartaban la aceptación de los moderados, pero también la alborozada de los «exaltados» entusiasmados por una novedad inspirada en la Revolución francesa y el Juramento del Juego de Pelota: la Asamblea única parecía el paso indetenible a la República. Los pocos «retrógrados» de la Cámara habrían de ser aplastados por el peso de la oratoria temible de Vasconcellos; no habría, casi, oposición. Para asegurar el golpe, los tres regentes y el gabinete presentaron sus renunciaciones a indicación de Feijó «por serles imposible gobernar».

El 30 de julio se reúne la Cámara a tratar las renunciaciones. Informa Limpo de Abreu por la comisión de negocios constitucionales: los motines se suceden en Río de Janeiro y las *bernardas* en el interior; la mayoría moderada ve desintegrarse a Brasil, mientras los retrógrados están atentos al barco que devolvería de las Azores al emperador abdicante. El ambiente es de cosas graves y propone el único remedio a su juicio: que la Cámara se declare en asamblea, pues Brasil «está al borde de un abismo». Se leen peticiones que piden «heroicos y pronto remedios»: la de los oficiales de la guardia nacional agrega «sabremos sustentar la resolución». Habla luego Vasconcellos, entre el entusiasmo de la barra y los continuos ¡*apoyado!* de las bancas; acusa al Senado, con duras palabras, de traicionar al país. Se vive una jornada delirante; los retrógrados consideran inútil oponerse.

Ya se pasaba a votar cuando un joven desconocido para la galería, magro de figura, de corta barba negra bajo la quijada en-

marcando un rostro moreno de acentuada energía, pide la palabra y se adelanta a la tribuna: es Honorio, que hasta entonces poco o nunca había subido a ella; este sería su *maiden speech*. Habla sin brillo, sin encontrar las palabras, sin la retórica tan grata a esa Cámara de grandes oradores; habla mal, muy mal. Pero lo hace con seguridad y altivo desdén: no es un «retrógrado», pero va a oponerse al proyecto: habla del «orden», imprescindible para la grandeza de las naciones, de la función del Senado, del régimen aristocrático, base de la organización social brasileña. ¡Cuidado!, es la Cámara quien está al borde de un abismo: la peor de las políticas es la dictada por las conveniencias o el entusiasmo del momento; tal vez tuvieran razón quienes criticaban el parlamentarismo a la inglesa de la constitución de 1824; pero lo que se proyectaba era una imitación del 1789 francés cien veces más peligroso, y mil veces más alejado de las modalidades vernáculas.

Frió, altanero, dictando una lección a unos niños que habían perdido el control, el joven Honorio desenvuelve su dialéctica irrefutable. Pocos lo aplauden al dejar la tribuna, pero no siempre los triunfos se miden en ovaciones. La Cámara quedó desconcertada, sin entusiasmos, paralizada. Será inútil que Evaristo de Veiga quiera levantarla con palabras inflamadas; inútil que Odo-rico Mendes reclame «medidas grandes y salvadoras» con ampuloso gesto. La tormenta había sido conjurada; la votación dió negativa: la mayoría abandonaba a Feijó y, con buen sentido, rechazaba innovaciones revolucionarias.

Fué el «golpe de la cabeza fría» que mantuvo la constitución de 1824 y el Senado aristocrático y vitalicio. Feijó tuvo que irse del ministerio y las agitaciones *abrilistas* terminaron. Brasil entró en el orden.

EL INDOBLEGABLE

De la noche a la mañana, Honorio quedó proyectado al primer plano. Todos lo indicaron como reemplazante de Feijó, y el joven diputado aceptará, a los treinta años, la responsabilidad del Ministerio de Justicia.

Impuso su energía, su actividad fatigante, su serenidad. En 1832 empieza la jefatura de Honorio que cubriría veinticinco años intermitentes de la historia de Brasil: será Jefe desde el Consejo

de ministros, o desde su banca parlamentaria; lo será desde cualquier cargo: en la presidencia de Pernambuco durante las horas angustiosas de la revolución *praieira* de 1849, o en la Legación de Montevideo cuando se hizo necesario en 1852 personarse en el Plata para cobrar el precio brasileño de la batalla de Caseros. Tenía demasiado concepto de su valer para pagarse en jerarquías administrativas; elegía el puesto que exigiera el máximo de esfuerzo, y a él iba sin importarle su gradación burocrática: bastábale saberse el Jefe de Brasil en el lugar que estuviese.

Pero era demasiado orgulloso para ser popular. Nunca lo fué ni buscó serlo. Era simplemente el conductor de una aristocracia, el adalid que Brasil necesitó a mediados del siglo XIX: no un orador como Bernardo de Vasconcellos, ni un jurista como Limpo de Abreu, ni un diplomático como Paulino Soares de Souza. Algo más que eso: un Jefe. Había nacido para mandar y no sabía inclinarse; laboraba hasta la extenuación en una tierra de indolentes; ordenaba y no discutía. Si alguien se cruzaba en sus decisiones, con su fría irascibilidad, traducida en calma alerta y tono seguro, fulminaba al osado: hasta el emperador recibió sus *rompantes*: «quien se acuesta con *crianças amanhece molhado*» le diría en 1844 por discrepar en la cesantía de un funcionario, teniendo que dejar por la insolencia la jefatura del gabinete. *Vosé è loco, e nada mais* contestaría imperturbable en 1851, en pleno Senado, al discurso de Manuel de Assis Mascarenhas opuesto, por razones éticas, a aliar al Imperio con un general argentino sublevado contra la Confederación. Como Urquiza se jactara, después de Caseros, de que su pronunciamiento de 1851 había salvado la corona al emperador, le contestaría en Palermo que los hombres de Brasil, aunque fueran enemigos del Jefe del gobierno, no traicionaban a su patria y si «perigos existiam para o governo Imperial em insurrecções internas, não existiam os mesmos perigos em uma guerra externa».

Muchos años después de la muerte de Honorio, Pedro II acoataba melancólico: *Paraná não se curvaba* al margen de la anécdota de la *criança molhada* referida por Tito Franco en sus «Memorias»: las cuatro palabras imperiales sintetizan los triunfos y las derrotas de Honorio Hermeto Carneiro Leão, marqués de Paraná, o *Indobregavel*.

EL «SEÑOR PAULINO»

El otro estudiante de Coimbra no era hijo de rico ni de noble, y debió trabajarse el porvenir sin pensar en cargos políticos. Se fué a ejercer la profesión de abogado a San Pablo, donde la naciente riqueza de cafetales prometía alentadores honorarios. Pero los clientes no acudieron y el joven Paulino distrajo sus ocios componiendo versos en francés (su madre era hija de un librero de viejo del Sena), y pronunciando terribles discursos en los clubs republicanos contra *as testas coroadas* y *as cento familias que dominam Brasil*.

Los años pasaban y comprendió que no habría de abrirse camino con poesías líricas o discursos incendiarios. Seguía pobre, y el modesto consultorio provinciano de su padre no podía subvenir más a sus gastos de abogado sin pleitos; desertó los clubs exaltados y la sociedad literaria *Filhos de Minerva*, escenario de resonantes triunfos juveniles, para consagrarse con astucia y constancia a pescar un nombramiento judicial.

Feijó era entonces ministro de Justicia, y Paulino se ingeniaría para hacerse ver en las visitas periódicas del sacerdote a su San Pablo natal; el ministro acabaría por reparar en ese joven respetuoso, de maneras finas, que inexorablemente encontraba a su paso; supo que era abogado novel y aspiraba sin padrinos a iniciarse en la carrera judicial. Lo tomó bajo su protección dándole un Juzgado de menor cuantía en San Pablo.

Fué el primer escalón. Poco después, el «golpe de la cabeza fría» llevaba a Honorio al Ministerio de Justicia; Paulino gestionaría, con éxito, de su condiscípulo de Coimbra, el traslado a Río de Janeiro: fué así juez del aristocrático barrio de San José.

En la corte frecuentará los salones de su jurisdicción. Las señoras simpatizaron con ese magistrado joven, buen mozo, que tenía pronta la frase amable y recitaba versos en excelente francés. No se despega de Honorio: por él conoce a Joaquín José Rodrigues Torres, luego marqués de Itaboraí, ministro de Marina y dueño electoral de Río de Janeiro; cuidará su amistad y la de su familia, y logra acceso a su fazenda de *Saquarema*, centro de reuniones sociales y políticas. Allí el modesto juez de barrio alternará respetuosamente con las personalidades de la Regencia, cuidando los pasos en falso que en situación eran irreparables; aprende a

hacer su juego sin evidencias, como arrastrado, y llegar a ser habilísimo en el arte de manejarse sin rozar obstáculos: «fiz estudo em ser modesto», confesaría en sus «Apuntes» autobiográficos la clave de su éxito en esos años decisivos: no tenía otro capital que su talento, y había comprendido que, en su situación, toda la habilidad de tener talento está en saber disimularlo. Años después, cuando había llegado a vizconde de Uruguay y era uno de los próceres del imperio, el barón de Cotegipe, excelente conocedor de hombres, lo creía «capaz de danzar en una mesa puesta con cristales, sin rozar una sola copa».

En 1833 consigue el ascenso a juez de primera instancia; poco después a *ouvidor* de segunda instancia. Los beneficios llueven sobre el asiduo y amable concurrente a Saquarema. Se casa con la cuñada de Torres, Ana María Macedo: el hijo del mediquillo del Marañón, el abogado sin pleitos de San Pablo, el poeta republicano de los *Filhos de Minerva*, entroncaba con las familias patrias fluminenses: ahora puede dejar la toga que lo inmovilizaba en una carrera de relativos horizontes, para tentar, asido a la mano dadivosa de su cuñado y a la fuerte de Honorio, los primeros pasos en la política; ingresa en la masonería en 1834, condición indispensable del éxito. Y fisa firme los escalones: diputado provincial, primero; vicepresidente de Río de Janeiro, después (Torres es el Presidente); diputado general en 1837.

Su oratoria de palabras suaves y gestos amables no produce resquemores. Maneja la ironía, pero con medio tono elegante, cuidando no herir a quienes pudiera aprovechar alguna vez. Consigue la estima de todos sus colegas, correligionarios u opositores, porque sabe encontrar la frase oportuna en el elogio y tiene pronta la sonrisa amistosa. Como posee el sentido de la medida, nunca descende a aplausos excesivos ni unta servilismo en sus finezas. Y así como Carneiro Leão era «Honorio» para todos, pues el renombre confiere en Brasil el privilegio del nombre de pila, Soares de Souza será «Paulino»: el *señor Paulino*, maestro del tacto y artista de la medida.

SAQUAREMA (1837)

En el grupo político que empezaba a formarse en Saquarema, Torres era el dinero; Honorio, el cerebro y la voluntad; Paulino, la habilidad. Poco a poco llegarán otros: Pedro de Araujo Lima, después vizconde y marqués de Olinda, pernambucano astuto y sinuoso —*Maquiavelo de la rúa de Lavradio*—; el ex regente José Clemente da Costa Calvalho, más tarde marqués de Monte Alegre, capaz, como Honorio y Feijó, de atropellar con todo; el brillante abogado Eusebio de Queiroz (Eusebio de Queiroz Coutino Matoso da Cámara), ducho para demostrar lo blanco y lo negro, lo justo y lo injusto.

Cuando Honorio cayó del ministerio en 1834, por los embates de Vasconcellos, Feijó vuelve al puesto protagónico. No como ministro ahora, sino como regente único en sustitución del triunvirato que hasta entonces detentara el cargo real. Hace un gobierno liberal (en la forma que el dictador entendía el liberalismo), e introduce en la Constitución las reformas del *Acto Adicional* con sus vagidos de federalismo e individualismo.

Pero esas concesiones al localismo y a las ideologías importadas llevaron a una gravísima crisis. Es cierto que los movimientos separatistas no eran una cosa nueva en Brasil, pero en 1837 alcanzaron proporciones jamás tenidas: la revolución de los *farrapos* rio-grandenses, iniciada en 1835 con la ayuda disimulada de orientales y argentinos, había desembocado al año siguiente en la formación de la República Independiente de Río Grande, y amenazaba contagiarse a todo el Sur del desunido Imperio; en el Norte, en la inquieta y lejana Pará, los *cabanos* hacían otra tentativa separatista y republicana para renovar la vieja aspiración nortea de la «Confederación del Ecuador» de 1825.

En 1837 los contertulios de Saquarema planean la caída de Feijó como una necesidad nacional; los tres años de su regencia habían sido disgregadores, y Brasil amenazaba convertirse en un mosaico de veinte republiquetas independientes. La herencia portuguesa en América parecía contagiada del mal de la herencia española.

Pero ¿quién dará el golpe de gracia al poderoso Regente? Ni

Honorio ni Torres tienen las condiciones oratorias para arrastrar al Parlamento a la deposición de Feijó; los demás carecen de fibra. ¿Paulino?... No es para esas cosas: su oficio era sonreír en público y susurrar en antesalas.

BERNARDO PEREIRA DE VASCONCELLOS

Si había en la Cámara alguien en todo opuesto a Paulino, era Bernardo de Vasconcellos: paralítico, espantosamente feo, con una constante mueca de sufrimiento en la boca, hacía el mayor contraste con el elegante y sonriente diputado por Río de Janeiro.

Vasconcellos era, sin disputa, el mejor orador de Brasil: cuando apoyado en sus lacayos tomaba dificultosamente asiento en la tribuna, el decrepito se transformaba en un hombre lleno de fuego, el tabético alzábase irradiando energía. Decía lo que pensaba, y lo decía en el tono más hiriente; restallaban sus sarcasmos como latigazos; entre amargados gestos de histrión y risotadas torcidas acusaba sin misericordia: era un fiscal que no disimulaba errores ni ocultaba verdades, aun las más crueles, aun las más mezquinas. De todos se burlaba con muecas de payaso; parecía deleitarse con las faltas ajenas como si equilibraran la injusticia de su físico.

Era odiado. Naturalmente era odiado por todos. La maledicencia le atribuía las peores lacras: el peculado, el tráfico de esclavos, hasta el incesto. Calumnias, seguramente, que castigaban su independencia. O, tal vez, exageraciones de sus pocos escrúpulos en política, o de las flaquezas de su carne de enfermo ansiosa de gozar una parte de la vida.

Pero no parecían importarle las murmuraciones ni el ambiente de repulsión que lo rodeaba: «No cultivó jamás la benevolencia de nadie —lo recuerda Tarquinio de Souza—, nunca tuvo la preocupación de agradar». Se sentía fuerte en su soledad, no pretendía favores de nadie ni tampoco los daba: su sola ambición, el gran ideal de su vida de combatiente, era hacer de Brasil una nación poderosa y respetada. Y a ella sacrificaba su honra.

En un principio había sido partidario, con Feijó, de las autonomías locales y casi del republicanismo. Pero la realidad habíale quitado, como a Honorio, las ilusiones juveniles: en 1837 comprendía que era imprescindible robustecer las fuerzas primarias —el

monarca, la aristocracia, la esclavitud— para salvar a Brasil de la disgregación. De «moderado», casi exaltado, pasó a «retrógado»; pero prefirió llamarse *conservador* para no confundirse con las Andradas, sus grandes y constantes enemigos. Comprendió que Brasil debería sacudirse la tutela de Inglaterra que impedía su desenvolvimiento económico, atándolo al librecambio y a la abolición; los intereses de Brasil y de Inglaterra eran opuestos, y la tutora sacrificaba al pupilo; la independencia económica de Inglaterra era más conveniente al Brasil de la era del café, que la independencia política de Portugal lo había sido en tiempos del azúcar. Como el dominio inglés era sutil, no todos lo veían; pero Vasconcellos sabía que no bastaba con el grito de Ipiranga para crear un Imperio dueño de sus destinos y de su progreso: la comprensión de las causas no es común entre los políticos, plagados de retórica y de prejuicios.

Pues en Bernardo de Vasconcellos no había solamente un orador de recursos vedados; la máscara del perverso ocultaba a un patriota, la burla del sarcástico escondía serias reflexiones. El *misérable Mefistófeles de Brasil* —como lo insultara en el Senado Antonio Carlos de Andrada— era mucho más que un polemista maligno y rencoroso: era un estadista, un grande hombre de Estado; posiblemente el más completo de Brasil en toda su historia.

PARTIDO CONSERVADOR

Paulino se dió cuenta que Vasconcellos era una fuerza poderosa agitándose aislada sin provecho para nadie. Con desconcierto de todos se hizo su amigo, su único amigo: el solitario hosco era un sentimental fracasado y le abrió su intimidad: *meu filho* lo llama en sus cartas.

Costó vencer el resentimiento de Honorio para anudar una asociación política entre hombres que necesitaban estar unidos, pero la habilidad de Paulino lo conseguiría: Bernardo era orador y estadista, no aspiraba ni podía ser el jefe de un partido político: le bastaba con ser el mejor. Tuvo que dominar también la repugnancia de los aristócratas concurrentes a la fazenda de Torres, pero acertó a hacerles comprender que la adquisición de Vasconcellos los libraría de Feijó.

Paulino llevó a Bernardo a Saquarema. Faltaba algo que hiciera de la tertulia de resentidos un verdadero partido político: fal-

taba el ideal de la lucha, el objeto perseguido con encarnizamiento, el móvil que hace desear el combate y asegura la victoria. Ese ideal, entrevisto, pero no logrado por Honorio, lo aportaría Vasconcellos con su desbordante patriotismo y sus razonadas convicciones conservadoras; Vasconcellos que creía en Brasil, en la aristocracia, en la esclavitud; que se burlaba terriblemente de los declamadores hueros, y hasta de quienes tenían a los negros por seres humanos.

Así se fundó en Saquarema, en 1837, el partido conservador, opuesto al moderado de Feijó. Su finalidad la daría Vasconcellos: oponer la realidad nacional a las ideas «del siglo», salvar la unidad y la grandeza del Imperio de los separatismos y liberalismo creciente. Su propósito inmediato lo señalaría Honorio: la deposición del Regente liberal.

Impulsado por Saquarema, Vasconcellos arrojará a Feijó después de tumultuosas sesiones. Era lo previsto, y Araujo Lima, por indicación de Honorio, ocuparía la Regencia: el aristócrata pernambucano parecía el indicado —por su edad, posición social y carácter pacífico— para el papel de *bom rei constitucional*, que el «Acto adicional a la Constitución» daba al Regente: contentaba a todos, no sabía decir a nadie no, aunque solapado y mañoso haría el juego de los «saquaremas» con apariencia y protestas de prescindente imparcialidad. Formará el *Ministerio de las capacidades* con Bernardo en Imperio (Interior) y Torres en Marina. Poco después entran Honorio en Negocios Extranjeros, y Paulino en Justicia.

La caída de Feijó, su primer protector, significó así al ex juez de menor cuantía de San Pablo el ingreso al Gabinete imperial.

PARTIDO LIBERAL

Arrojados a la oposición, los moderados consiguen rehacerse agrupando en la misma bancada a políticos de diversos orígenes: antiguos retrógrados, como los hermanos Andradas de Santos, traídos por el odio a Vasconcellos; elegantes aristócratas de convicciones liberales, como los Cavalcanti de Albuquerque de Pernambuco, que semejantes a los nobles franceses del XVIII creían en la igualdad y los derechos del hombre sin perjuicio de sus privilegios feudales y sus recuas de esclavos; localistas intransigentes, como

Francisco de Paula Souza, de San Pablo; intelectuales de firmes convicciones individualistas, como Antonio Limpo de Abreu o Manuel Alves Branco. También extraños apóstoles, como Teófilo y Cristiano Ottoni, de Minas Geraes, que hallaban en los versículos de la Biblia las profecías de un Brasil progresista y humanitario.

Forman el *partido liberal*. También quieren como los conservadores la grandeza de Brasil, pero la buscan por las «ideas del siglo» y sin desprenderse de los localismos. Más tarde serán llamados *luzias* —los conservadores son *saquaremas*— por la revolución paulista de Santa Luzia que se les imputó haber apoyado.

LEY «DEL PROCESO» (1840)

El ministerio de las Capacidades procedió con energía contra las insurrecciones localistas; desgraciadamente el mal estaba arraigado, y no fué posible abatirlas en su totalidad.

Para mantener al partido en el gobierno, Vasconcellos ideó una revolución trascendental disimulada como la inocente reforma del código de procedimientos criminales: la «ley del Proceso» de 1840, que quitó la policía a las municipalidades para dárselas a las provincias, a título de una mejor y más responsable administración. Pero como la policía hacía las elecciones, ya no fueron los caciques comunales los dueños de las actas representativas, sino el Ministro de Imperio que nombraba a los presidentes de provincias. Y sobre todo el Regente, que nombraba al Ministro de Imperio.

Hecha para mantener en el parlamento la mayoría conservadora, la ley del Proceso significó, impremeditadamente, la caída del Regente y de su partido. Al día siguiente de dictada, los liberales agitaron la idea del gobierno personal de Pedro II —de catorce años aún—, pues tal suma de poderes no podían dejarse a un hombre de partido sin quiebra de la esencia de un régimen aristocrático. El sistema representativo podía ser una ficción, pero a condición de que el Gran Elector estuviera por encima de los intereses partidarios.

LA «MAIORIDADE» (23 de julio de 1841)

A pesar de la energía de Honorio y de Bernardo, los movimientos localistas continuaron: la sublevación de Pará quedó sofocada, pero los farrapos se mantenían en Río Grande y una nueva y extraña anarquía —la *balaiada* de caboclos y esclavos— ensangrentaba la zona del Marañón.

Bernardo debió sacrificarse por el partido y dejar el ministerio: era mucha la resistencia que encontraba para lograr una obra efectiva. Renunció, y por un momento se aplacaron los opositores costreñidos a resistirlo; pero bien pronto resurgieron, con la ley del Proceso, agitando el adelanto de la mayoría de edad del Emperador que la constitución fijaba a los dieciocho años. La *maioridade* ganó al pueblo, y también a buena parte de los mismos conservadores: se esperaba que con el reinado personal desapareciera la honda división, y todos colaboraran en un mismo gabinete presidido por el Monarca de catorce años.

El Regente y los *saquaremas* comprendieron que no podía oponerse a la gran campaña de la *maioridade*, agitada por los liberales con el propósito de descartarlos del poder. Quisieron postergar la asunción del Emperador hasta 1842, pero tropezaron con las ambiciones de un palaciego —Aureliano de Souza Coutinho— que esperaba una gran carrera política valido de su influencia con el niño imperial. Como la Cámara había sido ganada por los mayoristas, Araujo Lima tiente un golpe de fuerza: llama a Bernardo al ministerio (un famoso ministerio de nueve horas) y disuelve al parlamento. Pero los diputados, conducidos por Antonio Carlos de Andrada, se niegan a obedecer; Araujo Lima se dirige a palacio a obtener la aprobación de Pedro II a su coronación en el año próximo, pero el niño, aleccionado por Aureliano, contesta con firme *Quero já!* la demanda del Regente. Este debe inclinarse, y el Emperador, de quince años incompletos, se hace cargo de la Monarquía: es el 23 de julio de 1841.

Gobiernan los liberales (dos hermanos Calvalcanti de Albuquerque, dos Andradas y Aureliano): es una administración de familia que no contenta a nadie, y a poco de iniciado, el primer gabinete de la *maioridade* es dimitido por la Cámara; Aureliano, valiéndose de su influjo con el Emperador, forma otro, presidido por él e integrado por los conservadores. Empieza el juego de quita y pon, que turnaría en el gobierno a ambos partidos.

CLASE DIRIGENTE

A conservadores y liberales —*saquaremas* y *luzias*— no los dividía una concepción radicalmente distinta de las cosas, ni recludaban sus partidarios en núcleos diferentes sociales o geográficos. Tal vez la nobleza urbana de los *fidalgos*, descendientes de funcionarios portugueses, llenaba en mayor cantidad las filas conservadoras que la aristocracia rural de los *fazendeiros*, de viejo entronque nativo y más apegados al partido liberal. Aquéllos, muy cerca de la corona desde los tiempos de Juan VI, comprendían mejor la idea de unidad imperial que éstos, encerrados en sus tradiciones provincianas y su adherencia localista. Pero no puede trazarse una divisoria neta: Antonio Carlos de Andrada, fundador del partido liberal, era un «retrógrado» de origen hidalgo; el Marqués de Olinda, regente conservador, pertenecía a una tradicional familia de plantadores pernambucanos.

Es que por arriba de centralismos o descentralismos, de poderes fuertes o libertades individuales, de parlamentarismo a la inglesa o cesarismo a lo Bonaparte, que teóricamente podían dividir a los brasileños, la fuerte realidad nativa se imponía a todos sobre las importaciones europeas: unos y otros, conservadores o liberales, integraban la misma aristocracia que como clase dirigente no tuvo igual en Iberoamérica. Salvo Chile, quizá. *Fazendeiros* rurales o *fidalgos* urbanos, exaltados o retrógrados, masones o católicos, coroneles de milicias o magistrados de Relación, altivos mineiros o sonrientes fluminenses, verbosos nordistas o taciturnos sureños, los aristócratas brasileños del XIX supieron cumplir con acierto su misión social: una clase no es una casta, no es un grupo encerrado en su orgullo y ajeno a la realidad circundante. No hay vanidad de clase: hay «conciencia» que es cosa bien distinta. El aristócrata, el verdadero aristócrata, vive identificado con la sociedad que dirige; habla, piensa y actúa en función de una comunidad. El dirigente es el primer dirigido.

La aristocracia brasileña tuvo el alto valor de una *clase dirigente*: produjo auténticos estadistas de su tierra y de su época, al tiempo que las clases privilegiadas del Plata daban meros retóricos ceñidos a frases y a fórmulas de aplicación universal e intemporal. Los brasileños fueron hombres impregnados del espíritu de nacionalidad, que es el alma de los pueblos: Honorio

Hermeto Carneiro Leão, que no admitía vacilaciones tratándose de la patria; Bernardo de Vasconcellos, dejando los jirones de su nombre en el diario combate por la unidad y grandeza de Brasil; Luis de Lima e Silva, luego Conde y Duque de Caxias, tan buen guerrero para abatir insurrecciones como hábil político para pacificar espíritus; Ireneo Evangelista de Souza, el poderoso Mauá, cuya gran fortuna, laboriosamente conseguida, estuvo sin vacilar al servicio de la dominación imperial en el Plata; Paulino José Soares de Souza, el sonriente y callado Vizconde de Uruguay —¡ese arte de callar tan poco sudamericano!— que tejería habilidosamente la urdimbre para envolver el temible poder de Rosas y la integridad de la Confederación Argentina. Y todos los demás: Rodrigo de Souza de Silva Pontes, el diplomático eficaz de Montevideo que gestó en 1851 el pronunciamiento salvador de Urquiza; Hollanda Cavalcanti de Albuquerque, que soñaba con una federación de los pueblos de Iberoamérica presidida por Brasil; Antonio Paulino Limpo de Abreu, el Vizconde de Abaeté, abogado de claros alegatos contra el prepotente «bill Aberdeen» de Inglaterra. Y sobre todo Pedro II, que dió continuidad a la tarea común, sin precipitaciones, sin estruendos inconducentes, con mano suave pero firme y segura.

DOM PEDRO

Porque es justicia considerar al Emperador como uno de los principales artífices de la grandeza brasileña de 1852. Este Braganza olvidado en América por un padre irresponsable y aventurero, atinó a comprender a su pueblo y supo cumplir la difícil misión arbitral de un *primus inter pares* en un régimen aristocrático.

Educados lejos de los palacios europeos sería por eso, paradójicamente, un auténtico y cabal Príncipe: hizo respetar y amar la monarquía, que acertó a levantar sobre los intereses personales y las ambiciones de los círculos áulicos; tenía un claro concepto de su lugar y de su valer y no le llegaban las intrigas ni escuchaba las lisonjas: si algunos lograron la privanza del Emperador-niño, ninguno pudo jactarse de un favoritismo en el adulto.

Emperador a los cinco años por abdicación forzosa de su padre, recibió en Palacio un frío juramento cortesano mientras la

muchedumbre vivaba a la república por las calles de la capital; mayor de edad a los catorce, por una maniobra de políticos y palaciegos que intentaron, pero no pudieron, aprovechar su inexperiencia, alcanzaría a reinar cincuenta años para irse en 1889 por su voluntad, silenciosamente, cuando el problema de sucederle pondría en su vejez un interrogante de imposible solución. Lo acompañaría al exilio el cariño de su pueblo y el respeto de los mismos que lo derrocaban. Porque en esos cincuenta años estaba lo mejor de la historia de Brasil.

Tenía una cara de niño que contrastaría en la madurez con su alta estatura y su barba prematuramente encanecida. Su voz y sus ademanes eran suaves, pero sabía imponer su autoridad: *Quero já!*, reclamó a los catorce años un gobierno que constitucionalmente no le correspondía hasta los dieciocho. Y lo tuvo. Pero imponía su autoridad y no su capricho, era un monarca y no un déspota: escuchaba con atención a sus consejeros antes de formar su juicio; objetaba con mesura las opiniones hasta encontrar la solución, la palabra última, madura de reflexiones, «palabra de emperador».

Alguna vez, sus ministros se sintieron lastimados por su firmeza: «No me dejes conducir por una criatura» renunciaba altivamente Honorio en los primeros años de la *maioridade*; «del Emperador se es Ministro solamente una vez» se negaría, resentido, Eusebio de Queiroz a integrar otro gabinete. Pero Pedro II, verdadero Jefe, no recordaba agravios y sabía rectificar errores, y ambos políticos volvieron a su consejo. El solo hombre de estado con el cual no pudo transigir, fué Bernardo de Vasconcellos no obstante su gran valía e imbatible patriotismo. Pero Vasconcellos era repulsivo físicamente, y cultivaba un pésimo prestigio. Tal vez fué una cuestión de piel más que de reflexión, que podría disculparse: a un príncipe no puede exigírsele la misma epidermis de un político.

Porque Pedro II era un verdadero Jefe de Estado no usaba el atuendo y el marco de quienes quieren parecerlo. Vestía de negro, sencilla y severamente, y su coche modesto contrastaba con las carrozas doradas de los embajadores sudamericanos. Hasta 1850 vivió retirado en su quinta de San Cristóbal —llamada *palacio* por necesidad o exageración— donde no se daban fiestas ni ocurrían otras ceremonias que las estrictamente indispensables; años después concedería a los suyos la magnificencia severa de Petrópolis.

Era un Emperador sin uniformes militares; un Monarca sin trono, sin armiño, sin corona, objetos arrinconados para el solo día de la apertura del Parlamento. Su único y gran lujo era su biblioteca de 60.000 libros, reunidos con amor y conocimiento de erudito; si no hubiera nacido Príncipe se habría consagrado a la meditación de los clásicos que lo apasionaba; pero tuvo deberes que cumplir y dejaba el estudio para atender a cualquiera por una causa justa; tenía el sentido preciso de la justicia, y nadie le reclamaría en vano por una arbitrariedad o una negligencia.

Quiso ser el intérprete de Brasil en todas sus clases —*fidalgos, fazendeiros*, burgueses, artesanos, caboclos o esclavos— y no simplemente del país legal con acceso al voto o a los cargos públicos. Quiso pensar y obrar por la nación entera, a la manera de los príncipes con «virtud política», que había leído en Aristóteles justificaban la existencia de una monarquía. Si no consiguió siempre el apoyo de todos los brasileños (los aristócratas lo sostuvieron mientras sostuvo la esclavitud), el pueblo humilde tuvo veneración por su Emperador, y mucho después de su muerte en Cannes, los *jagunceiros* seguían esperando en los *sertones* su regreso a Brasil, como los portugueses del XVI al Rey don Sebastián.

Bondadoso y enérgico a la vez, llano en el trato corriente pero celoso del respeto que le era debido, no habría en Brasil hombre más popular ni gobernante más cuidadoso. Tuvo el claro sentido de la grandeza de su patria, que amó como pocos y entendió, tal vez, como ninguno.

Por esa aristocracia y ese monarca, la América portuguesa no se partió en veinte repúblicas independientes y enemigas como la América española, ni la Confederación Argentina pudo disputarle con Juan Manuel de Rosas el puesto de vanguardia en el continente del sur. Fué una labor reflexiva, minuciosamente trabajada, que acabó dando por tierra el temible poder del Restaurador argentino y su férrea Confederación. Colaboraron la astucia de Paulino, la energía de Honorio, la capacidad militar de Caxias, el dinero de Mauá, los talentos diplomáticos de Pimenta Bueno, Ponte Ribeiro o Silva Pontes, pero el buen sentido de Pedro II le dió cohesión y permanencia hasta madurar en triunfo.

Y, ¿por qué no decirlo? También colaboró la mezquindad de fines, escasa visión patriótica o tal vez simple ingenuidad, de la llamada «clase intelectual» ríoplatense.

II

INSTITUCIONES

RÉGIMEN POLÍTICO

Dos partidos turnantes desempeñaban en Brasil el juego de un sistema parlamentario a la inglesa. Hasta sus nombres eran importados —conservadores y liberales—, pero la realidad afloraría en las denominaciones vernáculas que sustituyeron la nomenclatura extranjera: *saquaremas* y *luzias*. Tampoco los bulliciosos republicanos de 1832 y 1848 escaparon a un bautismo nativo y se los conoció por *pés de cabra*, despectivos de mulatos.

La constitución de 1824 copiaba el engranaje de una monarquía parlamentaria a la inglesa con sus tres poderes tradicionales: popular, en la Cámara de Diputados de renovación periódica; aristocrático, en el Senado vitalicio; y moderador, en el monarca asistido por el Consejo de Estado. Pero nominalmente. El «pueblo» con acceso al voto era tan sólo el conjunto de los hombres libres y propietarios que, teóricamente también, elegían en cada provincia los diputados generales, la terna —*lista tríplice*— de la cual el Emperador extraía a los senadores vitalicios, los diputados a las asambleas provinciales y los «vereadores» de las Cámaras municipales. Pero, ni siquiera el «país legal» con acceso al voto contaba mayormente en las elecciones, en la práctica efectuadas por la policía. Esta había sido municipal hasta 1841, y los caciques de distrito fueron los dueños de las actas representativas; después de 1841 la Ley del Proceso la puso a las órdenes de los presidentes de provincias designados por el Ministro de Imperio, y con la policía la elección de diputados, vereadores y lista tríplice fué ordenada, con escasas excepciones, desde Río de Janeiro. Hecha para que el Regente fuera el Gran Elector, la *maioridade* de 1841 pasó ese inmenso poder al Emperador.

El Gran Elector fué, desde entonces, el Monarca que designaba a los ministros quienes a su vez a los presidentes de provincias y éstos, por medio de la policía, hacían las elecciones. Todo el sistema «representativo» descansó en el buen criterio del Emperador para interpretar la voluntad nacional y suplir las decisiones del pueblo ausente. El Monarca lo era todo, pero a con-

dición de serlo con discreción, porque un régimen así no hubiera podido sostenerse con un déspota arbitrario o que careciera de buen sentido político. Pedro II daba el poder indistintamente a *saquaremas* o a *luzias*, cuando entendía llegada la hora de cada uno: que los ministros designados por él no tuvieran mayoría en el parlamento era fácil de subsanar, pues a cada cambio de gabinete seguía la disolución de la Cámara de Diputados y la convocatoria a una nueva en cuya elección, por supuesto, triunfaba más o menos canónicamente el partido que estaba en el ministerio.

Pero el Emperador no escogía al partido gobernante por afinidades políticas; estaba por encima de las rencillas domésticas y divisiones internas, aunque alguna vez pudo ocurrir que las simpatías del niño de quince años se inclinaran al palaciego Aureliano de Souza Coutinho, o el resentimiento del joven de dieciocho con Honorio, quitara en 1844 a los conservadores la situación prominente. Las excepciones pueden atribuirse a la edad; de todas maneras no se prolongaron más allá de la creación del cargo de Presidente del Consejo de ministros en 1847.

El Emperador lo podía todo, pero solamente empleaba el mínimo indispensable de poder. No debía equivocarse, y por eso no podía arriesgarse. Usaba su atribución en el momento indispensable que su prudencia y la de sus consejeros de Estado consideraban oportuno; porque no ejercía la regia prerrogativa sin oír antes a los consejeros de Estado.

Llegar a consejero de Estado era el galardón más codiciado por un brasileño, más aún que un título de nobleza o un cargo de Ministro. En el Consejo, de atmósfera serena presidido por el Emperador, no subían las diferencias entre *saquaremas* y *luzias* que dividían a los brasileños en la calle o en los recintos legislativos; solamente había hombres al servicio de la nación y de Su Majestad.

LA NOBLEZA

Verdadera aristocracia, la clase dirigente brasileña valía por el mérito de sus individuos. Aquel era un imperio sin nobleza hereditaria, pues los títulos otorgados por el Emperador a las condiciones personales no eran transmisibles: no siempre los derechos de la sangre confieren nobilidad. Eran un premio a ganar por to-

dos los servidores del Imperio: políticos, magistrados, militares, profesores, hombres de ciencia, industriales o comerciantes. El rescripto imperial que otorgaba el título hacía mérito del beneficiado y de su obra por la patria y el soberano.

Podrá objetarse que a veces no hubo justicia en la distribución, y un hombre del patriotismo y la talla de Bernardo de Vasconcellos no lograría la corona de barón usada por un *Chico Pedro*, guerrillero leal pero analfabeto y cuatrero; la ecuanimidad absoluta no pertenece a este mundo, mas dentro de lo relativo no pueden hacerse mayores reparos a las designaciones nobiliarias de Pedro II. Durante el primer reinado había habido, eso sí, concesiones dictadas por las inclinaciones sentimentales del Emperador de Ipiranga: la marquesa de Santos, la marquesa de Sorocaba, etc. Esta clase de favores estuvo ausente en el reinado del austero Pedro II; tampoco los títulos de duque y marqués, concedidos con largueza por el padre, abundaron en tiempos del hijo, que obró con parsimonia en la distribución de blasones: sus beneficios no iban más allá de baronías o vizcondados, y sólo por reiteración de méritos otorgaba coronas de más florones: Luis de Lima e Silva, sería sucesivamente Vizconde, Conde, Marqués y finalmente Duque de Caxias acumulando merecimientos en las insurrecciones de San Pablo, Río Grande, guerra contra las repúblicas del Plata y contra el Paraguay: treinta años de servicios militares; Honorio Hermeto Carneiro Leão, Vizconde, luego Marqués de Paraná; Pedro de Araujo Lima, Vizconde y Marqués de Olinda; Ireneo Evangelista de Souza, Barón y Vizconde de Mauá.

La concesión del título implicaba la sustitución del apellido por el solariego. No podía faltarse a esta regla: Ireneo Evangelista de Souza debió cambiar el nombre de su casa de comercio al quedar agraciado con la baronía de Mauá, y *Banco Mauá* se llamaría ésta en adelante. Cuando la revolución de 1889 suprimió la nobleza, José María de Silva Paranhos no dejó de ser *Río Branco*, aun Ministro de la república.

LA ARISTOCRACIA

La nobleza no era exactamente la aristocracia. Aquélla era una gracia otorgada por el Emperador; ésta venía de la posición en la sociedad.

Había una aristocracia rural y otra urbana. Los *fazendeiros* del norte y centro, y los *estancieros* de Río Grande, formaban la primera.

El *fazendeiro* era el plantador, gran propietario de plantaciones; sus cultivos (azúcar, algodón tabaco, café) se extendían en inmensas heredades donde, distribuidas en *senzalas* y cuidada por *feitores*, vivía la población esclava encargada de la labranza y la cosecha; en la *Casa Grande*, junto al ingenio de azúcar, o los almacenes, habitaba el señor con su familia. No hubo propietario más absoluto que el *fazendeiro* brasileño del XIX: dueño de miles de seres humanos, nadie le pediría cuentas por el sistema de trabajo empleado o la clase de justicia de sus decisiones punitivas. Como un noble francés, adornaba la *Casa Grande* con obras de arte traídas de París; confeccionaba su carruajes y vestidos en Inglaterra como un lord inglés; capitaneaba su «guardia nacional» como un señor medioeval a sus mesnadas; y hasta poseía, como los monarcas orientales, un serrallo de hermosas esclavas *minas*, la raza del norte de Africa codiciada por su belleza e inteligencia. Y si al mismo tiempo era dado a las cosas del espíritu poseería, como los *Cavalcanti* de Albuquerque en su fazendas de Pernambuco, una gran biblioteca nutrida con clásicos y con las últimas novedades de Europa.

Diferente al *fazendeiro*, el *estanciero* riograndense formó otro tipo de aristócrata. La ganadería dió a la provincia sureña caracteres especiales que la diferenciaron —económica, social y políticamente— del resto del Imperio. El *gaucho* riograndense era hombre de a caballo, y tal vez por eso amó su libertad; en la estancia hubo pocos esclavos, pues el negro no era apto para el caballo como el blanco o el mestizo: de allí que el aristócrata del sur no fuese un déspota, señor absoluto de vidas como su congénere del norte, y se asemejare más a un señor feudal comandando hombres libres unidos por lealtad personal que no por el título de compra.

Porque los *gaúchos* (nombre familiar de los riograndenses) se asemejaron a los gauchos de la pampa argentina y de las cucillas orientales, los *estancieros* del «continente» (denominación común de Río Grande) se parecieron más a los *estancieros* del Plata de origen español que a los plantadores y *fidalgos* de su misma raza; por eso, los embates de la política *castellana* encontró eco profundo en Río Grande y la bandera de Artigas —independencia absoluta, gobiernos populares, federalismo— cruzaría el Yaguarón

para tremolar en las manos de Bento Gonçalves da Silva, estanciero acaudalado y caudillo de los *farroupilhas* (harapientos), democráticos y separatistas.

Fuése fazendeiro del norte o estanciero del sur, el aristócrata rural fué Coronel de las milicias, equipadas y adiestradas por su cuenta, con las que mantuvo el orden en el distrito y a veces —sobre todo los coroneles *gaúchos* con sus temibles caballerías— marcharía contra la capital de la provincia para arrojar a los presidentes «cortesanos» llegados de Río de Janeiro. Porque el aristócrata rural, fuese del norte o del sur, era ardoroso localista, y, llegaba a desdeñar las distinciones imperiales por sentirse más noble en su condición nativa, que por una corona o una decoración del Emperador que lo igualaba con los comerciantes o funcionarios ennoblecidos por rescripto.

FIDALGOS, COMERCIANTES

Los magistrados, funcionarios y comerciantes ricos, formaban la aristocracia de las ciudades. Los primeros —*fidalgos*, descendientes de los servidores portugueses de los tiempos de la colonia— detentaban los cargos burocráticos o regenteaban los bufetes de abogados y registros notariales, bienes patrimoniales heredados de sus mayores y transmisibles a sus hijos. Formaban la columna vertebral sustentadora de la unidad del imperio y, celosos monárquicos, de esta clase —la clase intelectual— salieron la mayor parte de los políticos, y desde luego todos los consejeros de Estado que asesoraban al Emperador.

Los comerciantes ricos —y promediado el siglo, los industriales— constituyeron una clase recientemente advenida, pero no por eso menor de la aristocracia, siempre que tuvieran fortuna y pudiera exhibir la limpia trayectoria y el desprendimiento patriótico de un Ireneo Evangelista de Souza. Los pequeños mercaderes —sobre todo los portugueses, despreciados por la población nativa— entraban en la aristocracia por la vía oblicua de dar a sus hijos una carrera universitaria, y gestionarles un cargo judicial o un matrimonio nobiliario, que les permitiera confundirse con los hijos de los *fidalgos*. Y fuera de la sociedad por la índole de sus negocios, pero influyendo en la política por su mucho dinero y la necesidad de apoyarse en los gobiernos, estaban los tenebrosos

pero potentes importadas de esclavos *bozales*, de actividades ilícitas pero necesariamente estimuladas.

La aristocracia brasileña no era una casta cerrada, no era un círculo exclusivo de hijos de aristócratas. Ninguna verdadera aristocracia lo es, y menos lo sería la brasileña, el mejor tipo de clase dirigente que dió el siglo XIX. Quien tuviera condiciones y habilidad, podía abrirse camino hacia los primeros rangos; era una labor áspera, pero realizable, y no estaban cerradas las puertas por razón de un origen plebeyo; ni siquiera por la raza, pues en Brasil no hubo mayores prejuicios al respecto, y no los tuvo ninguno el Emperador, árbitro supremo de la nobleza y la política. Así como el hijo de un médico del Marañón podía estudiar confundido con los hijos de aristócratas y llegar a Canciller del Imperio y Vizconde de Uruguay, un huérfano abandonado en un cuchitril de Río de Janeiro podía conseguir, después de una dura brega de labor y honradez, acumular la fortuna más grande del Brasil y obtener el título de barón de Mauá, un descendiente de esclavos llegaba a Vizconde de Jequitimimba y senador del Imperio sin que obstara el color subido de su tez.

LA PLEBE

Los pequeños propietarios de la campaña formaban la *plebe* rural que —semejantes a los clientes romanos apoyados y agregados a los patricios o los encomendados medioevales tras los señores— se congregaban bajo el poder de un *fazendeiro* o un estanciero del distrito que les daba protección a cambio de su apoyo en las milicias y su voto en las elecciones.

Más independientes, los hombres libres de las ciudades (profesiones liberales, pequeños comerciantes, artesanos) desempeñaban un papel semejante a la *plebs* latina: eran libres para trabajar, opinar, tener su culto, redactar y leer sus periódicos, y hasta votar si la renta les permitía ascender al reducido número de electores que integraban el padrón y la policía les dejaba depositar la boleta de sus preferencias cívicas. Porqué en el Imperio aristocrático había libertad: libertad de tener propiedad, esclavos, abrirse camino, opinar, religiosa, de prensa, de ejercer el contrabando o beneficiarse con el tráfico de negros. La libertad así entendida es el fundamento de toda sociedad desigual: libertad para los fuertes, que no para los débiles; para los pocos que pueden

ejergerla, y no para quienes carecieran de albedrío por faltarles los arbitrios necesarios.

LA LIBERTAD DESIGUAL

Los periódicos y los clubs democráticos y *socialistas* (en la acepción de mediados del siglo) proliferaron en 1830 y en 1848 por reflejo del momento europeo: las nuevas ideas encontraron eco en los médicos, abogados modestos y pequeños comerciantes que no habían querido o no pudieron, por exceso de orgullo o falta de aptitudes, abrirse camino hacia la aristocracia gobernante. La plebe urbana fué un fermento de inquietudes, y en 1848 el *socialismo* constituyó por un momento un serio problema para la estabilidad social y política del Brasil imperial.

No podía coartarse la libertad de prensa ni de opinión de este sector, sin romperse el fundamento mismo de la libertad sustento de la aristocracia. Pero sobraron los medios para que «la libertad no atentara contra la libertad», y se pudiera impedir su ejercicio a los ineptos sin tocar la palabra sagrada. Así, la *ley de enganches* permitió a las autoridades discriminar a los obligados a servir por cuatro o seis años en los ejércitos de las fronteras, especialmente el de Río Grande preparado para la inminente guerra con la Confederación Argentina; la policía la aplicó sin contemplaciones por la edad o el estado civil de quienes adherían a las ideas disolventes o no aceptaban la protección de influyentes en el gobierno.

A los pocos años la inquietud *socialista* desapareció del Imperio.

EL «PLETHOS»

La última capa social era formada por la inmensa multitud de *caboclos*, *farrapos* y esclavos despojados de derechos políticos los primeros, y considerados como cosas aprovechables y enajenables los últimos. No obstante su carencia de gravitación daban fisonomía y espíritu a la sociedad brasileña, y constituían la base de su fortaleza económica. Encontraron en el Emperador su apoyo y —*farrapos* de Río Grande, aparte— le serían en todo momento devotos.

JOSÉ MARÍA ROSA

Profesor de la Universidad
de Buenos Aires

